

puso para el malogrado joven, pareció que había de ser asimismo el de la gloria de la casa Borromeo. En el paño mortuorio bordado de oro que cubría el féretro bajo dorado baldaquino en las exequias del 25 de noviembre (1), el cardenal Borromeo pudo ver un símbolo del ocaso esplendoroso de su familia.

La súbita muerte del nepote tan tiernamente querido de solos veintisiete años de edad, llenó al Papa del dolor más profundo (2). La llevó, no obstante, con resignación, pues en aquel golpe aterrador que aniquilaba todos sus planes para la elevación del nepote, vió un castigo del cielo porque había hecho demasiado grandes concesiones al rey de España en el uso de las rentas eclesiásticas para favorecer todavía más a Federico (3). El repentino hundimiento de tan brillantes esperanzas produjo también una impresión muy honda en el cardenal Borromeo (4), y con tanto mayor razón cuanto casi por el mismo tiempo que el hermano querido,

(1) Bondonus, 544. \*Carta de Alf. Rosselli, de 25 de noviembre de 1562, *Archivo público de Módena*.

(2) En 18 de noviembre de 1562, cuando Federico estaba desahuciado, refiere Fr. Tonina: \*N. S. ni ha sentito et sente infinito dispiacere et questa notte gli andò a otto hore a vederlo et egli poi, o per dispiacere o per il disturbo, si dice che vomitò quanto hieri sera havea magnato et resta anch' esso travagliato. En 20 de noviembre escribe Tonina: \*Resta adunque dirle che N. S. ha sentito et sente di questa morte infinito dolore, et chi fu presente dice che disse, Manus Domini tetigit me, et un'altra volta disse, orsu bisogna portarla in pace, questi sono i nostri peccati. En un \*Avviso di Roma de 21 de noviembre de 1562 se lee: S. S.<sup>ta</sup> quand' ebbe tal nuova stava a far segnatura e sospese la penna, tornò a seguirla et prestandogli il card. Borromeo disse: Manus Domini tetigit nos (*Archivo público de Nápoles*, C. Farnes.). Según la \*relación de Tonina, de 28 de noviembre de 1562, el Papa el lunes en la congregación se dolió con lágrimas en los ojos de la muerte de este filius dilectus, solamen suum (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Según la \*relación de Alf. Roselli, de 25 de noviembre, Pío IV se expresó entonces con serenidad y buen ánimo; pero en 5 de diciembre notifica el mismo informante: \*Il Papa non puo scordarsi la morte del conte Federigo Borromeo, massime non sapendo risolversi di soggetto per perpetuarvi la casa sua non inclinando al fratello. *Archivo público de Módena*.

(3) Se trataba de grandes impuestos eclesiásticos para la armada de Felipe II, a los que el Papa dió su aprobación; v. la \*relación de Alf. Roselli, de 21 de noviembre de 1562, *Archivo público de Módena*. Sobre este negocio cf. abajo el capítulo IX.

(4) V. su carta a Cosme en Sala, Docum., III, 241 s. La significación de esta muerte la puso ya de realce Pallavicini (19, 4, 9). Ranke, como Sickel (*Relaciones*, III, 83) con mucha verdad advierte, ha hecho poco caso de ella. Un retrato contemporáneo de Federico puede verse en la Ambrosiana y en el castillo de los Borromeos, de Angera; en San Carlo, 37, 55 hay copias del mismo.

cayó también al golpe de la muerte después de sólo tres días de enfermedad el joven hijo del duque de Florencia, que había recibido el capelo cardenalicio juntamente con Carlos Borromeo (1).

El sentido ascético de éste ya hacía tiempo que sólo con repugnancia hacía concesiones a una manera algo mundana de entender la vida (2). Ahora, cuando se presentó a sus ojos con tan viva luz la vanidad de todas las pretensiones terrenales, se resolvió a quitar de sí hasta los últimos restos del espíritu mundano, y dirigir su vida únicamente hacia los más altos fines.

Consecuencias enteramente diversas sacó de aquellos acaecimientos la gente mundana de Roma, y según se creyó, aun el Papa. Se pensaba que el actual heredero de todas las riquezas de los Borromeos abandonaría la carrera eclesiástica y perpetuaría la descendencia de la familia en lugar del hermano difunto (3). Carlos era en verdad ya subdiácono y como tal estaba obligado al celibato; pero en su caso no parecía imposible una dispensa del Papa. Con todo el cardenal puso término a tales esperanzas, haciéndose dar la ordenación sacerdotal por el cardenal Cesi el 17 de julio de 1563. Este paso fué dado con asentimiento del Papa, el cual en el consistorio de 4 de junio de 1563 había elevado a su sobrino a cardenal presbítero y le dió entonces el expreso mandato de hacerse ordenar de sacerdote. Al mismo tiempo, Pío IV declaró que nunca había sido su voluntad forzar a Carlos a abandonar la carrera sacerdotal, y que los rumores contrarios eran falsos (4). Borromeo se había afirmado mucho en sus resoluciones con los

(1) Bondonus, 544. Questi due si gravi colpi... erano veramente atti ad atterarmi affatto, se ben fossi stato assai più forte di quello ch'io sono, escribe Borromeo en 3 de diciembre de 1562 al duque de Florencia. Sala, Docum., III, 242.

(2) Bascapé, 8<sup>b</sup>.

(3) Bascapé, 9<sup>a</sup>. Kervyn de Lettenhove, III, 212. V. las relaciones de Arco, de diciembre de 1562, en Sickel, Concilio, 410. Todavía en una \*carta del cardenal Mark Sittich a Aníbal de Hohenems, fechada el 3 de mayo de 1563 se habla de la posibilidad de que el cardenal Borromeo se casase (*Archivo de Hohenems*).—El 7 de junio de 1563 concedió la ciudad de Roma al cardenal Borromeo el título de ciudadano honorario; v. Gregorovio, Pequeños escritos, I, 316.

(4) V. Acta consist. en Susta, Curia, IV, 68, nota 3 (van Ortruy); en las Anal. Boll., XIV (1895), 346, según varios despachos del embajador imperial en Roma, Próspero Arco. Cf. la carta de Borromeo a César Gonzaga, de 5 de junio de 1563, en Sala, Documenti, III, 269. Es por tanto inexacto lo que dice Giussano, 20 s., que S. Carlos se hizo ordenar secretamente de sacerdote contra la voluntad de su tío.

Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola que hizo bajo la dirección del P. Ribera, de la Compañía de Jesús (1). Su primera misa la dijo públicamente con gran solemnidad en San Pedro en el altar de la confesión del Príncipe de los Apóstoles, y la segunda muy retiradamente en la capilla que había usado San Ignacio de Loyola (2).

Después de recibida la ordenación sacerdotal, Borromeo conservó al principio todavía su corte; pero se mostró cada día más severo en el trato de su persona, y en tal grado que se llegó a privar de la recreación del paseo. Los discursos en su academia de las Noches Vaticanas sólo podían versar sobre asuntos espirituales. También comenzó a hacerse dar lecciones de filosofía y teología para suplir los defectos de su formación teológica. Por algún tiempo hasta pensó en dimitir enteramente su cargo de secretario de Estado y retirarse a la rigurosa Orden de los camaldulenses. No obstante, el obispo de Braga, Bartolomé de los Mártires, le disuadió de ello en 1563 con ocasión de una visita que hizo a Roma (3). Repetidas veces rogó Carlos al Papa que le permitiera visitar, al menos por algún tiempo, su arzobispado (4) y renunciar a una parte de los numerosos beneficios que se le habían conferido.

La mudanza de vida del primero y más calificado de los cardenales produjo mucho estrépito en Roma, y halló en muchos una acerba censura. Aun amigos de la reforma eclesiástica juzgaban que en algunos puntos iba demasiado lejos, a la verdad conforme a su carácter enérgico y serio. La indignación descargó principalmente contra Ribera y los jesuitas; decíase que ellos habían atraído al cardenal a sus redes para obtener dinero de él y moverle a entrar en su Orden. Semejantes rumores llegaron hasta Pío IV y, a lo que parece, hallaron en él algún crédito. Según una carta del embajador español Requeséns, de 30 de abril de 1564, el Papa había mostrado gran disgusto porque el cardenal Borromeo había limitado su casa y mesa, y dado otras varias mues-

(1) Giussano, 21. Sacchini, 8, 12 (p. 406).

(2) Sacchini, 7, 11 (p. 362). Sylvain, I, 77.

(3) Bascapé, 9 s. Cf. San Carlo, I (1908), 98. También más tarde conservó todavía una predilección por la Camáldula y los camaldulenses; cf. sus cartas de 6 de mayo de 1564, de 12 de noviembre de 1572 y de 13 de diciembre de 1574, en Sala, Docum., III, 298, 442, 560.

(4) El nombramiento de arzobispo de Milán efectuóse en mayo de 1564; antes era Carlos sólo administrador. La consagración episcopal la había recibido ya el 7 de diciembre de 1563; v. Sala, Docum., III, 817, 819 s.

tras de menosprecio del mundo. Decía él que eran cosas de teatinos y fantasías melancólicas, y mandó intimar a los jesuitas y otros religiosos, que los castigaría si volvían a poner los pies en casa del cardenal (1). El enojo contra los jesuitas fué tan fuerte y arrastró a tanta gente, que el P. Polanco, secretario de la Compañía, tuvo por necesario enviar aun a España una carta especial, en la cual da una clara explicación del estado de las cosas, y niega la responsabilidad de sus hermanos de religión acerca de todos los pasos particulares de Borromeo (2).

Por muy condescendiente que fuera en otras cosas Borromeo con los deseos de su tío, no hizo la menor concesión en mitigar el rigor de su nueva vida. Al contrario, principalmente después de la terminación del concilio de Trento aumentó todavía más sus rigores. En junio de 1564 la corte de Carlos fué notablemente reducida: unas 80 personas que parecían poco a propósito para una vida clerical, fueron despedidas y colocadas en otras partes; a las demás les prohibió el cardenal el uso de vestidos de seda y otros lujos. Un día de la semana lo pasaba a pan y agua. A la oración consagraba todavía más horas que antes; y asimismo, a pesar de la dificultad que tenía en pronunciar y presentarse en público, comenzó a ejercitar el ministerio de la predicación: en un cardenal era entonces esto algo inaudito (3). En secreto Carlos Borromeo

(1) Requeséns a Felipe II, en Döllinger, Documentos, I, 561, confirmado por las \*relaciones de Fr. Tonina, de 22 y 29 de abril de 1564, que se hallan en los núms. 35 y 36 del apéndice, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Por lo demás, Pío IV sólo había querido negar la entrada en la casa de Borromeo a Lainez y Ribera; pero el mensajero que llevó la orden pontificia, la extendió a todos los jesuitas. Canisii Epist., IV, 532.

(2) Carta de Polanco a Araoz, de 28 de abril de 1564, impresa en Astrain, II, 208 s. Cf. Canisii Epist., IV, 531 s. Que Carlos por ventura algunas veces iba algo demasiado lejos, además de Polanco, lo indica también Bascapé (p. 9<sup>a</sup>): *Eaque fuit in moribus omnique vitae consuetudine gravitas, ut ad austeritatem quoque perveniret, quemadmodum saepe solet initio vitae religiosioris evenire*. La idea de negarse hasta un paseo, se la sugirió a Carlos Egidio Foscarari, según Bascapé, 9<sup>a</sup>. Ribera obtuvo al año siguiente el permiso, por largo tiempo solicitado, de ir a las misiones extranjerías. Una carta de despedida de Borromeo para él, de 3 de febrero de 1565, puede verse en Sala, Documenti, III, 331 s.

(3) Bascapé, 9-10. La fecha que aquí falta, se saca de una \*carta de Fr. Tonina, de 10 de junio de 1564: \**Il card. Borromeo ha cassata tutta la famiglia sua, cento boche in poi, et a molti anco delli ritenuti ha levata la spesa del cavallo et d'un servitore*. Entre los entonces despedidos estaba también Camilo Capilupi (v. Arch. stor. Lomb., XX [1893], 697). A este lugar pertenece también la \*carta sin fecha de Fr. Tonina, de 1564, en la que se dice:

se entregaba a los más rigurosos ejercicios de penitencia. Unas disciplinas con puntas le servían para castigar su delicado cuerpo; a veces empleaba además para esto una triple cadenilla sujeta por un nudo. La curiosidad de su camarero Ambrosio Fornero descubrió estos instrumentos de penitencia, cuando el cardenal se olvidó una vez de quitar la llave de la caja que debía sustraerlos a las miradas de los extraños. Soranzo en 1565 pone de realce que Borromeo estaba muy enflaquecido por su ardor en el trabajo y en el estudio, así como por sus ayunos, vigiliass y otras mortificaciones. Como por milagro resistían las fuerzas de Borromeo, de suyo cortas; sólo a fines del reinado de San Pío V se oye hablar de alguna quiebra de su salud (1).

Con el tiempo, enmudecieron las críticas sobre el ascetismo de Carlos, su ejemplo había producido impresión aun en los mundanos diplomáticos. Sus testimonios son tanto más creíbles y de más valor cuanto estaban acostumbrados a descubrir sin consideración el lado humano aun de los más altos dignatarios. Cuando Jerónimo Soranzo, en junio de 1563, daba relación de su embajada en Roma, observaba: «La vida del cardenal Borromeo es la más inculpable y sin mancha. Con su conducta religiosa da un ejemplo cual no se puede desear mejor. Su porte ejemplar se le ha de atribuir a alabanza, tanto más cuanto que está en la flor de sus años, es poderosísimo nepote de un Papa, abunda en riquezas y está en una corte donde no le faltaría ocasión para toda clase de diversiones» (2).

\*Il s. card<sup>le</sup> Borromeo ha ritirata la sua famiglia in 80 persone et la stalla in 20 cavalli, et camina tuttavia restringendosi et due volte la settimana ordinariamente si riduce alli Gesuiti a conferire con un eccel<sup>te</sup> theologo che vi si trova, nelle cose di theologia et di coscienza, et sopra questo dicono che S. B<sup>ne</sup> un di disse, noi vogliamo attendere a viver più che possiamo et alegramente, se Mons<sup>r</sup> Borromei pur si vorrà far frate gli pagaremo li vestimenti del nostro, parlando così di burla. S. B<sup>ne</sup> fa ogni istanza a quanti pochi vescovi che sono qui che vadino a loro vescovati, et de qui nasce che quelli che gli hanno miseri ogni di rinunciano più presto che andare, come molti hanno fatto. *Archivo Gonzaga de Mantua*. También en una \*carta del cardenal Mark Sittich a Anfbal de Hohenems, fechada a 15 de junio de 1564, se habla de la notable limitación de la servidumbre de Carlos, de quien se pensaba, como en ella se dice, que de pura escasez y parquedad se volvería loco; y que esto era el fruto del «teatinismo». El original está en el *Archivo de Hohenems*.

(1) V. D' Alessandri, 407 s.; Wymann, 95, 108, 118.

(2) Girol. Soranzo, 91. Cf. Wymann en la Revista eclesiástica suiza, 1910, núms. 44 y 49.

Dos años después el veneciano Jacobo Soranzo escribía: «El cardenal Borromeo no tiene más que veintisiete años, pero es enfermizo, porque se ha debilitado con los estudios, ayunos, vigiliass y abstinencias. Es doctor en Derecho, pero se consagra a la Teología con un ardor raro en nuestros días. Su vida es la más honesta del mundo, y su religiosidad es tan grande, que se puede decir con razón que aprovecha a la corte romana con su ejemplo más que todos los decretos del concilio; un nepote tan amado del Papa, que está aún en la flor de la juventud y que, rodeado de seducciones en una corte, ha vencido a sí mismo y el placer mundano en tal grado, es verdaderamente un prodigio. Borromeo es por extremo adicto al Papa, y el Papa hace mucho caso de él y de sus deseos, como se ha visto todavía en la última promoción de cardenales, que ha recaído sólo en aquellos que él había o propuesto o por lo menos aprobado. El y el Papa son por lo demás de índole muy diversa. El Papa gustaría de verle más alegre y menos severo en su vida y en sus dictámenes. Esto lo ha dicho también a los jesuitas, los cuales han tenido gran influencia en la dirección del cardenal, pero éste no se ha dejado apartar de su camino. La corte le quiere poco, porque estaba acostumbrada a otra manera de proceder, y se lamenta de que el cardenal pide poco al Papa y da poco de lo suyo. Pero por lo que toca a lo primero, él lo tiene por cargo de conciencia; lo suyo lo gasta en limosnas, en dotar doncellas pobres y en pagar las deudas que especialmente su hermano le ha dejado» (1). Cuán copiosamente repartía Borromeo limosnas, se ve claro por el hecho de que entonces casi no usaba para sí nada de sus rentas de arzobispo de Milán (2). Una magnífica creación del tiempo de su permanencia

(1) Giac. Soranzo, 133 s. El cardenal Seripando \*escribía en 28 de julio de 1562, desde Trento, a Pablo Manucio sobre Borromeo: E huomo di frutto et non di fiore, de' fatti et non di parole (*Biblioteca de Montpellier*). Que Carlos al principio mostraba cierta falta de liberalidad, lo dice también Bascapé (pág. 66). Esto causaba más extrañeza de lo que era razón, pues desde el tiempo del Renacimiento estaban acostumbrados a ver a los grandes señores repartir mercedes y dinero a manos llenas sin elección alguna (cf. Wymann, 98). Un testimonio del ardor de Borromeo en el estudio, son dos permisos por escrito, que todavía se conservan, de 20 de junio y 29 de noviembre de 1564, por los cuales se le concede sacar libros de la Biblioteca Vaticana, y en virtud del segundo permiso volumina etiam registra nuncupata, et quae forsan, ne adeo omnibus ostenderentur, magis reservata et custodita essent. Comunicaciones del Instituto Austriaco, XVII (1896), 293.

(2) Bascapé, 6-7.

en Roma es el Colegio Borromeo de Pavía, que hizo erigir en 1564 por el arquitecto Pelegrín Pellegrini para preservar a los estudiantes nobles y pobres de los peligros que él mismo había aprendido a conocer durante sus estudios (1). Como elocuente testimonio de la caridad de Borromeo, se conserva todavía actualmente en Santa Práxedes la mesa donde daba de comer a los pobres de Roma (2).

Después de San Carlos Borromeo tenía muchísimo valimiento con Pío IV en la primera época de su pontificado, Morone, principalmente experimentado en los asuntos de Alemania (3). Pero no concedía, ni a él ni a los demás cardenales, influjo decisivo en sus resoluciones. Por más que los curiales se maravillaran y los diplomáticos se permitieran observaciones, Pío IV perseveró en fiarse de su propia moderación de juicio en los negocios de Estado. Lo que le determinaba a ello era, no sólo la conciencia de su valer, sino también en no menor grado una profunda desconfianza de los cardenales, de los que casi ninguno se mantenía del todo independiente de la influencia de príncipes extranjeros (4). Jerónimo Soranzo juzga que la conducta vacilante que mostraba con frecuencia el Papa, procedía de que no tomaba consejo de otros. Como Su Santidad es muy sanguíneo (prosigue el veneciano), toma sus resoluciones muy prontamente aun en los negocios más importantes; cuando luego tropieza con dificultades, no muestra una perseverancia tenaz, sino muda sus resoluciones tan rápida como radicalmente (5).

(1) Giussano, 22. Sobre la fecha de la fundación v. San Carlo, 209; sobre el Colegio cf. Natali en *Natura ed Arte*, 1906, febrero. Los estatutos del Monte Pío de Roma, de 1565, probablemente tienen por autor a San Carlos Borromeo. Donato Tamilia, *Il sacro monte di pietà di Roma*, Roma, 1900.

(2) Hay un dibujo de ella en San Carlo, 69.

(3) V. Mocénigo, 40 s. Cf. el \*Avviso di Roma, de 30 de diciembre de 1559, y los de 13 de enero y 23 de noviembre de 1560, Urb., 1039, p. 112, 117, 218, *Biblioteca Vaticana*. V. además Hilliger, 20 s. Más tarde, por el verano de 1561, cesó la privanza de Morone; los confidentes de Pío IV eran entonces Mula y Navagero (v. Sickel, Concilio, 204). Todavía por abril de 1561, había tenido Morone grande influjo; v. la \*relación de Saraceni, de 11 de abril de 1561, *Archivio pubblico de Florencia*. En los negocios de Alemania, Pío IV se fiaba mucho de Hosio en 1561; v. la \*carta de G. A. Caligari a Commendone, fechada en Roma, a 27 de septiembre de 1561, Lett. di princ., XXIII, 36, *Archivio segreto pontificio*.

(4) V. Girol. Soranzo, 74; Giac. Soranzo, 130; P. Tiépolo, 178.

(5) Girol. Soranzo, 75.

El sentido político, que junto con una grande independencia en las resoluciones, era propio de Pío IV, se manifestaba ante todo en sus relaciones con los príncipes seculares. En éstas, seguía el proceder diametralmente opuesto al que había observado su predecesor. Mientras Paulo IV, con extraño desconocimiento de la situación del mundo, juzgaba poder considerar a los príncipes, no como hijos sino como súbditos (1), el prudente lombardo creyó que contra la gran apostasía de Roma debía fortalecerse de nuevo la autoridad del poder espiritual con el apoyo del temporal. De ahí su moderación y su condescendencia con todos los príncipes (2).

En primer lugar había de experimentar esta moderación Fernando I, cuya sucesión en la dignidad imperial Paulo IV se había negado constantemente a reconocer (3). Muy presto se mostró que Pío IV intentaba suprimir cuanto antes la funesta discordia, por extremo dañosa a la causa católica en Alemania. El 30 de diciembre de 1559 el Papa declaró a los cardenales, que no hallaba conducente poner reparos en la elección de Fernando, pues aunque habían tomado en ella parte no católicos, también los católicos habían estado presentes en ella. Vigorosamente hizo entonces referencia a los sentimientos religiosos de Fernando, y a sus merecimientos en la defensa de la cristiandad, en la lucha contra los turcos. Todos los cardenales, excepto uno solo, asintieron a la propuesta de conceder el título de emperador al rey de Hungría y Bohemia. No obstante, se puso la condición de que Fernando debía presentar disculpas por la provisión de los obispados húngaros, por el tratado de Passau y por otros decretos de la Dieta. Fernando, muy gozoso por la mudanza producida en Roma, se declaró dispuesto a ello, y al propio tiempo hizo asegurar al Papa por su embajador Thurm, que nada omitiría en lo tocante a la reducción de su hijo Maximiliano a la Iglesia. Como se dejó sin tocar la cuestión fundamental sobre si era necesario el reconocimiento del

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 63 s., 68 ss.

(2) V. Mocénigo, 61-62; Girol. Soranzo, 75. La gran apostasía de Roma y la necesidad de reforma del estado de la Iglesia, las puso de realce Pío IV en el breve, por el cual, en 29 y 30 de diciembre de 1559, anunciaba su elección a los gobiernos católicos (Felipe II, Venecia, Portugal y Florencia); v. Min. brev., Arm. 44, t. X, n. 419, 420, 413, 418, *Archivio segreto pontificio*.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 298 ss.

Pontífice para la legítima elevación del emperador al trono, por estas concesiones de Fernando quedaba asegurada la reconciliación con Roma (1).

Una dificultad que sobrevino a última hora, fué asimismo felizmente zanjada. El representante de Fernando I, Escipión de Arco, llegado a Roma el 12 de febrero de 1560 y hospedado en el Vaticano, llevaba el encargo de dar el parabién al Papa en una audiencia pública por su ascensión al trono, y asegurarle en nombre del emperador veneración y respeto. Pero el Papa exigió además la promesa de obediencia. Arco vaciló. Sólo cuando también los cardenales Madruzzo y Morone le exhortaron a ello, se resolvió a extralimitarse en sus poderes y acomodarse a la voluntad del Papa (2). En vista de esto, el 17 de febrero de 1560, en un consistorio público en la Sala Regia, efectuóse el acto de prestar obediencia el representante del emperador (3). El nuevo nombramiento para la nunciatura en la corte imperial, selló la conclusión de la paz entre las dos supremas potestades de la cristiandad.

También las nunciaturas de Venecia y Florencia, vacantes a la muerte de Paulo IV, fueron de nuevo provistas muy pronto por Pío IV, y cambiados los poseedores de las demás nunciaturas. Lo último se realizó en el breve tiempo de tres meses. Esto y la circunstancia de que ninguno de los nuncios de Paulo IV fué trasladado a otro puesto, muestra claramente que hay en ello una disposición bien meditada, por la cual Pío IV alejaba a todos los diplomáticos empleados por sus predecesores. Fuera de esto, el Papa ya en el verano de 1560, procedió a la fundación de nunciaturas permanentes en Turín y en Florencia. El nuevo nuncio de Suiza

(1) Cf. Sickel, Concilio, 22 s., 76 s.; Reimann en las Disertaciones de la Sociedad Silesiana de cultura, 1871, 37 s.; Schmid, Elección imperial y real, 35 s.

(2) Cf. Sickel, Concilio, 42 s.; Correspondencia del card. O. Truchsess, 136; Schmid, loc. cit., 36 s. Fué cosa rara, como observa Zwiedinek en el Archivo para la Historia austriaca, LVIII, 176, que Pío IV no pusiese dificultad en la persona de Arco, pues los Papas ordinariamente sólo aceptaban como embajadores para prestar obediencia a príncipes del Imperio. Por tanto, Pío IV se mostró también en esto condescendiente. Sobre el plan de coronar al emperador, v. los Despachos Venecianos, III, 133 ss., 141. Sobre Escipión de Arco v. Constant, Rapport, 3 s.

(3) V. Bondonus, 533; Schlecht en el Anuario Histórico, XIV, 22 s.; Schmid, loc. cit.

Juan Antonio Volpi, obispo de Como, obtuvo permiso para quedarse en su diócesis, desde donde podía llegar a las partes católicas de Suiza, más fácilmente que desde Lucerna. Muy saludable fué el excluir del cardenalato, a todos aquellos nuncios, que fueron recomendados por un príncipe cerca del cual habían estado acreditados (1).

El reanudar las relaciones diplomáticas que se habían interrumpido durante el pontificado de Paulo IV, así como la mejor formación de las nunciaturas, muestran qué importancia daba Pío IV a las buenas relaciones con los poderes seculares. El principio del gobierno de este Papa formó también por lo que respecta a la Ciudad Eterna, un notable contraste con la conducta de su predecesor. ¡Cómo se regocijaron los romanos, cuando el Papa en febrero de 1560 volvió a permitir las diversiones tan populares del carnaval! Juntamente sin embargo, se tomaron con razón disposiciones contra los excesos (2).

No sólo los romanos saludaron alegremente el que uno de los primeros actos oficiales del nuevo Papa consistiera en volver a limitar a la Inquisición a su propio y primitivo terreno (3), y en mitigar muchos de los decretos de reforma excesivamente severos de Paulo IV. Esto se manifestó en primer lugar respecto al examen de los candidatos a los obispados, en el cual no obstante se conservó lo sustancial de las reformas del papa Carafa (4). Siguiéron pronto otras mitigaciones de las rigurosas disposiciones de Paulo IV (5).

(1) V. Biaudet, Nonciatures, 24 s., 58, 296 s. Sobre Volpi v. Reinhardt-Steffens, J. Fr. Bonhomini, Introducción, p. xxviii s. La nunciatura florentina, sobre la cual Scaduto hace equivocadas indicaciones (v. Anuario Histórico, IX, 108), merece un trabajo especial.

(2) Cf. Clementi, 218; Rodocanachi, Juifs, 209; Arch. stor. Lomb., XIX (1903), 353. En el carnaval de 1561, ya se volvió a proceder más libremente. Formaban una diversión principal las corridas de toros (cf. la Gaceta Popular de Colonia, 1911, n.º 168), contra las cuales por hacerse junto al colegio de los jesuitas protestó Laínez; v. las \*\*relaciones de Fr. Tonina, de 18 y 29 de enero y de 13 y 19 de febrero de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Un nuevo \*Bando per le maschere, de 20 de enero de 1564, puede verse en los Editti, V, 60, p. 9, *Archivo segreto pontificio*. Sobre el teatro romano en tiempo de Pío IV, v. Giorn. d. lett. Ital., LXXIII, 296 s.

(3) V. el \*Avviso di Roma, de 13 de enero de 1560, Urb., 1039, p. 117, *Biblioteca Vaticana*. Cf. más abajo el capítulo VIII.

(4) V. Acta consist. al 19 de enero de 1560; cf. Gulik-Eubel, 40.

(5) Cf. el \*Avviso di Roma, de 20 de enero de 1560, Urb., 1039, p. 120, *Biblioteca Vaticana*.